

de anular su autoridad con la suya, y de hacer servir á su propia gloria los despojos del santuario.

Sus bienes sagrados, añadia, no pueden destinarse á usos inútiles y profanos. Los que los han dado, ó para consumir su virtud, ó para redimir sus pecados, han esperado ganar el cielo por la eficacia de nuestras oraciones, ó por el mérito de sus limosnas. Los que los poseen no deben considerarlos como motivos y materia de su fausto y de su orgullo, sino como medios de socorros y de caridad para con los pobres. Son ellos el patrimonio de Jesucristo, no el tesoro de los reyes de la tierra. Hay no sé qué de espiritual y de sagrado en estas riquezas eclesiásticas, que las distingue de las del siglo; y así como tienen su origen en la justicia y en la caridad, deben tener á la justicia y á la caridad por fin y por regla en la distribucion que se debe hacer de ellas.

Persuadido de estas santas máximas, y tocado del deseo de la salvacion del rey, le ofrece sus servicios, sus propios bienes y su vida. Acompaña una justa y prudente libertad con todas las suavidades y lenitivos que inspiran el respeto y la modestia. Pero ¿qué se puede esperar de un espíritu exasperado y duro, que todo lo reduce á sus gustos, que se justifica á sí mismo de todo el mal que hace, y que no escuchando ni los consejos de los prudentes y de los sabios, ni la voz de su conciencia, se permite á sí propio el ser injusto, y no puede sufrir que se lo contradigan y reprendan? Mantienen sus pasiones mil aduladores que le rodean; y para desacreditar á un hombre de bien, y hacer sospechosa su fidelidad, se valen de todo cuanto la envidia, la ambicion, ó la avaricia pueden inspirar á las almas criadas en el arte de la mentira y de los disfraces de la corte.

No os admireis ya, si Tomas llega á ser el objeto del odio y de las persecuciones del príncipe. ¿Y qué mas os diré yo? Arrojado de su patria, y lo que es mas, de su misma iglesia, errante y fugitivo, ya sobre las riberas del Tíber, ya sobre las del Sena, hallando por todas partes lazos tendidos y emboscadas armadas contra él; teniendo por destierro á la Francia, asilo ordinario de los preladados errantes; bendiciendo no obstante por todas partes á sus perseguidores, y ofreciendo por ellos á Dios todos sus trabajos en sacrificio, se disponia á morir por Jesucristo y por su iglesia, y á triunfar de sus enemigos con su paciencia y con su dulzura.

SEGUNDA PARTE.

Así como el principal motivo del Hijo de Dios en el misterio de la redencion, ha sido *mostrar el amor que tenia á su iglesia, y su principal fin, darse á sí mismo, y derramar hasta la última gota de su sangre para santificarla*, segun las palabras de san Pablo en su carta á los de Éfeso (1), así fundó la mision de sus apóstoles sobre la misma caridad; puesto que no pregunta á san Pedro si tiene firmeza, constancia, prudencia, sabiduría ó discrecion, sino si le tiene amor: *¿Pedro, me amas?* le dice. Pues este fué el carácter de santo Tomas en la serie de su ministerio; indiferente para sus intereses, y delicado sobre los de la iglesia, no puede sufrir que se la ofenda ni un ápice en su santidad é independencia.

Restablecido pues en su silla por las sollicitaciones del papa y del rey de Francia, despues de haber experimentado muchos años de persecucion, parece se podia decir que habia de gozar en reposo del fruto de sus pasados trabajos, ó por mejor decir, emplear lo que le restaba de fuerzas y de vida en trabajos mas útiles y ménos molestos. En efecto reformaba los abusos que se habian introducido en su diócesis por todo el tiempo de su ausencia: reparaba las ruinas de la disciplina, é instruía las almas que Jesucristo habia puesto á su cuidado, con su doctrina, con sus limosnas, con su caridad y con sus ejemplos; cuando viéndose precisado de improviso á oponerse á las extravagantes empresas, y á los envenenados movimientos de odio, de ira y de furor de algunos de sus miembros y compañeros, vuelve á caer en la agitacion y confusion. Renuévanse las cuestiones ántes apaciguadas: búscanse pretextos para perseguirle: siémbrense algunas discordias, y espárcense algunas semillas de odio que no podian acabar sino con su muerte.

Acúsasele de conjuración, y renuévanse en el corazon del rey las llagas que el tiempo y el arrepentimiento parecian haber cerrado; vuelven á despertar sus antiguas preocupaciones con nuevas calumnias. No pudiendo ni queriendo conocer la verdad, este príncipe lijero y crédulo, creyendo culpado al arzobispo, y deseando que lo fuese para poder justificar sobre un

(1) *Ephes. c. 5. v. 25 et 26.*

delito imaginario la violencia de su conducta y procedimiento pasado, se propasaba á quejas y á reprensiones llenas de exceso; y en medio de los rabiosos ímpetus de su ciego furor, se quejaba algunas veces de que no tenia un vasallo bastantemente reconocido y fiel, que le vengase de un sacerdote obstinado y terco, que turbaba la paz de su vida.

Detente, príncipe, detente y vuelve á recoger, si puedes, ese discurso indiscreto. Acuérdate que *la palabra de un rey colérico y enojado viene á ser como una ley de parricida, y una reprension cruel en su boca es una sentencia de muerte contra un inocente* (1). Piensa que tus deseos, por injustos que sean, valen por preceptos en las almas interesadas; y que por satisfacer á las pasiones de un señor enojado y furioso, todo adulator es capaz de llegar á ser homicida.

En efecto, no fué menester mas para los cortesanos aduladores y venales; conciben en su imaginacion y meditan en su ánimo el deseo de derramar la sangre del justo; piensan en las recompensas que esperan, y no en el delito que cometen. Tomas es el ungido del Señor; pero tambien es aborrecido del príncipe. Está inocente, es verdad; pero quiere el rey que sea culpado. Salen de la corte, pasan el mar, llegan, entran en la iglesia donde el santo está celebrando el oficio, y adelantándose hácia él con la ira en el corazon, con el fuego en los ojos, con el acero en la mano, sin respeto á los altares ni al santuario de Jesucristo, ni á sus ministros...

Vosotros, señores, creo entendeis lo restante, y yo quisiera poderme dispensar de representaros un espectáculo tan lastimoso. Pero por excusar vuestra compasion y piedad ¿ofenderia vuestra religion, y os ocultaria la gloria de un mártir, disimulando la crueldad de sus verdugos? Acércanse pues llevando en su rostro las señales de su bárbara resolucion. Trémulo el clero, ya se esparce, ya se vuelve á juntar confusamente: los sacerdotes temen el peligro en que se hallan: los asesinos mismos tienen horror al delito que van á cometer, y apoderados de un respetuoso asombro y terror á vista del arzobispo que les sale al encuentro, quedan turbados por algun tiempo: pero en fin habiendo ahogado el furor todos los sentimientos de respeto y de humanidad á un mismo tiempo, cada uno le hiere como á

(1) *Prov. c. 16. v. 14.*

porfia, y quiere tener la mayor parte en el delito, esperando tenerla tambien en la recompensa; y el santo, que espira á fuerza de sus repetidos golpes, se ofrece como una víctima pura á Jesucristo, que desde los altares era el admirador de su fidelidad y de su constancia.

Vosotros, señores, habeis quedado asombrados; pero recordad vuestras fuerzas, porque esta no es una muerte, es un martirio; no es el triunfo de los impíos, es sí el sacrificio de un santo á quien ellos oprimen. Su sangre derramada, bien léjos de profanar el templo de Dios, le santifica; y salpicando hasta el altar, parece que quiere ir á unirse con la sangre de Jesucristo, para alcanzar la gracia y el perdon de sus homicidas, y consumir en la union del sumo Sacerdote las funciones de su sacerdocio. En efecto, no pide ella venganza: habia empleado su celo contra los enemigos de la iglesia por toda su vida, y reune muriendo su caridad y su amor por la conversion de los suyos.

Mas no creais que esto fué sin fruto. Olvidad los excesos de la ira y las violencias del rey. A la primera noticia de esta muerte, reconoce por su mártir al que ántes habia tenido por su enemigo. Disípase todo su odio: renuévanse sus afectos y sus ternuras. Ya no es este aquel príncipe lleno de orgullo; es un penitente, que depuesto el ornato y magnificencia real, gime y llora en ceniza y en cilicio. Unas veces la fuerza de su dolor le ahoga las palabras en la boca; otras veces da gritos en demonstracion de su dolor y señal de su arrepentimiento. Enciérrese solo, y se cree indigno, no solamente de perdon, sino de consuelo; y trayendo siempre en su imaginacion impresa la pálida y triste imágen de un arzobispo asesinado: *¡Ay de mí!* (decia) *¡Ay de mí! que he venido á ser el perseguidor de la iglesia, siendo cristiano. Yo soy un perfecto tirano; yo de mi mano he hecho ya mártires.* Pero no se contenta con suspiros y con palabras: envía tambien embajadores al papa: protesta que no es el autor de aquel execrable delito y sacrilegio; reconoce y confiesa que hay en él alguna causa indirecta, y se sujeta á todos los rigores de una saludable penitencia. Arrójase á los piés de los legados; restituye todos los bienes de que habia despojado á la iglesia; anula todas las costumbres introducidas, y derogaba todas sus ordenanzas contrarias á las libertades y á la disciplina eclesiástica; mantiene tropas para que sirvan en la

guerra santa; ayuna, ora, y nada omite de cuanto puede conducir á manifestar la sinceridad de su dolor y de su penitencia.

Mas aun no basta esta humillacion voluntaria; es necesario que expíe y purgue sus pecados por una afliccion mas sensible. Notad, señores, aunque de paso, que hay en los pecados de los reyes como una duplicada malicia; una de corrupcion, que ofende su propia conciencia y los hace objetos del odio y de la justicia de Dios, aunque sean las imágenes visibles de su soberanía y de su poder invisible: otra malicia de comunicacion, que arrastra y lleva tras de sí á muchos por el peso de la autoridad, por la dependencia de los intereses, y por la fecundidad del ejemplo. A este modo tambien Dios, cuya sabiduría y prudencia proporciona las penas á los pecados, ejerce sobre ellos como dos especies ó suertes de justicia. La primera es una justicia de satisfaccion, por la cual quiere que hieran sus corazones, y que en el dolor interior de su alma, castiguen en sí mismos su propio desórden. La segunda es una justicia de reparacion, por la cual destruyan todas las resultas y efectos de sus pecados, y quebrantando altamente su orgullo, se hace dar por ellos mismos como una especie de homenaje público á vista de los demas hombres. Y así, aunque David se castigó él mismo su pecado, quiso Dios afligirle aun todavía con la rebelion de su hijo, y con las calamidades públicas de su reino, porque habia dado ocasion de blasfemar el nombre del Señor (1).

Tal fué el estado á que se vió reducido Enrique II, rey de Inglaterra, por la coligacion de los príncipes vecinos, por la revolucion de sus pueblos, y por la rebelion de su propio hijo. Ved ahora, señores, cuán justos son los juicios de Dios. Habia perseguido al que era su padre segun el espíritu, y él se ve perseguido por un hijo suyo segun la carne. Aquel que tan ambiciosamente buscaba poder extender sus derechos y autoridad real, se ve ahora á pique de perder el reino; y este codicioso usurpador de los bienes de la iglesia, apenas puede salvar una parte de su corona. Atacado de la parte de acá y de allá de los mares, despreciado de sus vasallos rebeldes, echado de sus principales ciudades, errante y fugitivo en sus mismos estados, busca un asilo seguro sobre el sepulcro de un santo, á quien él tan cruel-

(1) *II. Reg. c. 12. v. 14.*

mente ha perseguido; va á humillarse delante de sus cenizas, y á pedir perdon á un muerto; pasa un dia y una noche sobre su sepulcro, edificando á toda la iglesia en aquel mismo lugar en que tan indignamente la habia ultrajado.

Pero no abandona Dios á este príncipe humillado: halla socorros donde ejerce su penitencia: su mártir llega á ser su intercesor: los reyes sus enemigos quedan, ó vencidos, ó prisioneros: los pueblos vuelven por sí mismos á la obediencia; y su hijo vuelve á entrar en su deber y obligacion.

Y ved aquí, señores, á la iglesia que triunfa por la paciencia de un santo, y por la penitencia de su perseguidor. Acaso me direis que su firmeza y su constancia fueron bien inflexibles; que hubo tambien algo de dureza en su celo; que tenia al parecer demasiada ambicion de ser mártir; que hay ciertas atenciones, y una especie de condescendencia tambien en los negocios de la religion, como en los del mundo; y que en fin, aunque el principio de su martirio sea glorioso, la causa no puede dejar de parecer un poco lijera. Pero sabia él muy bien que un obispo debe temer mas consentir en la opresion de la iglesia de Jesucristo, que atraerse la persecucion de los hombres. Animábase á sí mismo con la gloria de aquellos ilustres cristianos de los primeros siglos, que buscaban ellos mismos las ocasiones de derramar su sangre por la piedad y por la verdad de la religion.

Porque si el objeto es ménos importante, el valor siempre es el mismo; él es mártir de la disciplina, como los otros lo fueron de la fe; si ha dado su vida bajo la dominacion de un príncipe católico, por conservar los derechos y los privilegios de la iglesia; ¿qué no hubiera hecho bajo los tiranos é infieles, por conservar la pureza de su creencia y de su doctrina? ¿Con qué celo no se hubiera opuesto á los que profanasen los sagrados misterios? ¿Con qué fervor no hubiera trastornado y derribado los ídolos?

Yo no puedo ménos de hacer aquí una reflexion sobre nosotros y sobre nuestra flojedad y cobardía. Todos los dias oímos impiedades y blasfemias, y nos quedamos tranquilos. Nosotros sufrimos á sangre fria las bellas palabras que se dicen contra la religion, cuando toda ella se quiere convertir en burlas y charrerías. Nosotros abandonamos la verdad á la indiscrecion de los necios y de los impíos, á la censura de los espíritus

fuertes, al error de los herejes, á la irreligion de los mundanos y á las ilusiones de los hipócritas. ¿Y qué celo tendremos nosotros por las libertades y por el honor de la iglesia, puesto que tenemos tan poco por sus esenciales artículos ó creencias? La mayor parte de los cristianos no conocen ni entienden bajo el nombre de iglesia otra cosa que estos templos materiales, á los cuales van los pueblos á unir sus votos, ó á este conjunto de ceremonias santas, pero exteriores, que hieren su imaginacion y sus sentidos; pero no saben que hay tambien una iglesia, á la cual ha dado Jesucristo su verdad y la pureza de su disciplina, para la cual reserva su gloria y su felicidad; ó si la conocen lo bastante, hallan su verdad áspera y escabrosa á su condescendencia cobarde y floja, escandalosa su prosperidad, y muchas veces insufribles sus máximas. No obstante ella es la que nos ha concebido en su seno; la que nos ha criado con sus cuidados; la que nos alimenta con la sangre y con la sustancia de su Esposo; y la que nos eleva á las gloriosas esperanzas de la eternidad que yo os deseo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu santo. Amen.

SERMON

DE SANTO TOMAS DE VILLANUEVA,

ARZOBISPO DE VALENCIA.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

Conservavit legem Excelsi.

Conservó la ley del Excelso.

Eclesiástico, c. 44. v. 20.

Falsa, señores, muy falsa es nuestra posicion. Estamos en grande peligro; vamos á perecer sin remedio; nuestra suerte tiene que ser muy desastrosa si no escuchamos dóciles la voz del santo obispo cuya memoria celebramos con tanta solemnidad en este dia. El espíritu del mundo es un espíritu de mentira, un espíritu de error, un espíritu de impostura, de relajacion y de hipocresía que todo lo domina y gobierna en el universo. Es el enemigo mas cruel de Jesucristo, y sin embargo vosotros sabeis muy bien que se le contempla, que se le sirve, que se le adula y que con él se consultan todos los negocios de la vida. Él es el que ha desterrado de la sociedad cristiana la modestia, la gravedad, la circunspeccion, la amable sencillez, la buena fe y la rectitud: ha extinguido en las gentes no solo las ideas mas claras del cristianismo y de la religion, sino las de la misma razon natural: no se contenta con tener entrada franca en los palacios de los grandes y poderosos para ejercer en ellos su imperio soberano; se introduce tambien en las condiciones particulares, en la plebe, en los mas santos estados, en las iglesias, y hasta en los mismos piés del santuario. Puede decirse que el espíritu del mundo todo lo ha invadido; que se ha introducido y se insinúa en todos los estados; que es una en-